

UNA PREGUNTA Y DOS IMÁGENES. Después de mucho tiempo de no verlo o de pasarle al lado sin prestarle demasiada atención, el cronista volvió al parque de su infancia en julio de este año 2008. No esperaba revivir con esto materia alguna del pasado —escribió al menos en su libreta—, pero es indudable que quería confirmar, en el presente, después de tantos años, algún vínculo, sea de continuidad o ruptura, sea de residuo o reliquia, con aquel paisaje de su infancia. Entre sus anotaciones encontramos con frecuencia la misma pregunta, es cierto que dicha de distinta manera —y muchas veces, incluso, sin decirse, como zumbando implícita entre líneas—; vuelve al parecer como vuelven esos dolores de cabeza que nunca terminan de irse. Planteémosla en estos términos: ¿Dónde está?...

¿Por allá?... Se parece a la pregunta que el niño solía repetir al padre. Conocía el camino, pero necesitaba comprobarlo.

De sus notas se desprenden además dos imágenes muy distintas, casi inconciliables, que presentan con claridad, sobre todo cuando enseñan sus diferencias, la silueta gráfica, si se quiere, de esa pregunta. Y no es exagerado presentarlas como opuestas. Si una es signo de movilidad, la otra lo es de quietud; si una señala lo frágil y lo inestable de las cosas del mundo, la otra su firmeza; si una representa el comienzo —al menos de esta aventura—, la otra el final.

La primera imagen del parque es precisamente *la primera* que logró, al menos en un sentido cronológico, en el momento de su ingreso a la ciudad. Llegaba al destino de su viaje, que era su ciudad natal, es decir que se trataba de un trazo en sentido inverso, volviendo más que yendo, larguísimo viaje, por otra parte, cruzando los cuatro estados originarios de la materia —tierra, agua, aire y fuego—, entre dos continentes y gracias a una combinación de lo mejor de la tecnolo-

gía actual en materia de transporte: tren-bala, avión y flecha-bus.

En el último tramo de este viaje, entre Buenos Aires y Santa Fe, el *Flecha-bus* —nombre de fantasía de esta empresa de colectivos que combina, misteriosa y abruptamente, prehistoria y modernidad—, una vez abandonada la autopista y luego de atravesar Santo Tomé y el río Salado, desechando la avenida circunvalación apuntó —el *Flecha-bus*, decíamos— derecho al barrio Sur, pasando al costado de la cancha de Colón y tomando por la avenida Paso. Anochecía y bajo el dominio de una frágil luz de invierno se materializó finalmente el regreso, recorriendo el parque a lo largo, de sur a norte, por la avenida que bordea el lago. Los días antes de emprender el viaje había pensado e incluso programado esa primera visión del parque con mucha ansiedad y ahora, llegado el momento, todo se desarrollaba de manera más bien imprevista, abrumándolo y desconcertándolo. Es así que esta imagen, en las luces indecisas del final de la tarde, cuando todavía no habían sido prendidos los faroles de las

calles, estuvo marcada por la impotencia. Cansancio y fugacidad se asociaban sin duda en esta impresión. Los días siguientes escribió algunas notas donde trataba de darle forma a ese sentimiento, pero resulta difícil transcribirlas ahora porque la frustración domina su misma sintaxis. Frases comenzadas a veces en presente y terminadas en pasado, o comenzadas en primera persona y terminadas en tercera, con faltas de concordancia en género y número.

Era un atardecer de invierno, sí, pero el parque no estaba vacío. Bajo un cielo opalino y entre las sombras que brotaban, como una erupción pudenda, en los entresijos de los árboles y las casas, había mucha gente caminando o parada, acercándose al parque o alejándose de él. Por todas partes, y sin duda que con distintas intenciones, moviéndose lentamente, en pesado contraste con el paso vertiginoso del flecha-bus. Algunos cruzaban el parque de vuelta de su trabajo, para tomar quizás un poco de aire; otros simplemente paseaban, aprovechando la bondad del veranito de San Juan. Había quienes gastaban las últimas energías del día

haciendo *footing* o andando en bicicleta, y los que sacaban a pasear el perro porque sí, porque hay que hacerlo, aunque esta vez se demoraban más de lo normal. Y no faltarían tampoco los enamorados cazadores de penumbras, que había que adivinar más bien porque apenas se veían, perdiéndose entre los árboles a la búsqueda de caricias íntimas. Nuestro cronista no reconoció a nadie, pero eso no lo inquietó porque venía pasándole últimamente con cada regreso, y cada vez con mayor intensidad. Los lugares permanecían pero las generaciones se renovaban. Sea que los conocidos se iban raleando en el tiempo y el espacio, tapados por las sucesivas mareas de jóvenes que reclamaban su propio espacio vital, o sea que sus fisonomías habían ido cambiando, a tal punto de volverse desconocidos. Por un momento tuvo el sentimiento, en una suerte de escorzor fugaz, de que llegaba a una ciudad extranjera. De todos modos, escribió luego en su cuaderno, en ese momento del día y bajo esa luz, todas las ciudades de provincia del mundo se parecen. Muchos vehículos corrían por la avenida del lago y

por las calles laterales. Desde su ventanilla, ubicada en la parte superior del colectivo de dos pisos, es decir desde por lo menos dos metros de altura, podía ver el movimiento de los seres y cosas que atravesaban el espacio inferior, tomados desde arriba hacia abajo, como *en picado*, y de esta manera todo cuando veía era más una sombra fugaz que persona, perro, auto o bicicleta. Desde esa posición, sobre las cabezas de las personas y sobre los techos de los vehículos, veía perfectamente los frentes de las casas que daban al parque, trazando ese difícil límite entre verde y ciudad, entre actividad y descanso, entre trabajo y placer. Podía incluso ver, un poco más allá, oblicuas, las otras casas, calles, plazas, iglesias, oficinas, escuelas en las que la ciudad progresaba, hacia su interior, diluyendo el sentido mismo del parque.

La otra imagen, a diferencia de la primera, está signada por la inmovilidad y corresponde a una de las últimas vistas al lugar, al final del viaje, dos o tres días antes de volver. El cronista había decidido dar un último paseo para tomar algunas notas y fotos, y era un

día claro, templado, casi de primavera. Faltaba todavía mes y medio para la verdadera primavera y seguramente volvería el frío, pero ya los lapachos habían decidido florecer. En ese momento, era consciente de haber reunido un buen material sobre el parque: impresiones, anotaciones, testimonios, documentos, fotos... Si bien nada de todo eso podía garantizarle un determinado resultado, al menos sobre este último paseo no pesaba la insatisfacción que había dominado la imagen descrita anteriormente. Incluso se había tomado el trabajo, la noche anterior, de hacer un inventario y elaborar una lista precisa de las cosas que le faltaban.

Caminó entonces con determinación, agotando las obligaciones de esa lista y luego siguió dando vueltas, sin rumbo fijo, simplemente en un dejarse llevar por el día claro de sol, junto al lago o entre los árboles, de norte a sur —en sentido inverso, podría decirse, al desarrollado en la imagen anterior—, hasta que llegó a la zona del camping, junto al balneario, que en ese momento estaba vacía.